

La calle  
Diario de un espectador  
Cain y Abel

para el viernes 27 de noviembre de 2009

por miguel ángel granados chapa

Como hizo con el Evangelio, José Saramago ha reescrito el Génesis, el libro inicial de la Biblia, donde figuran la creación de los seres humanos, Adán, Eva y Lilith, y luego el nacimiento de los hijos de la pareja fundadora, Abel, Caín y Set. Como en el caso de Lilith, ser el tercero costó a Set el desempeñar un papel borroso, pues los protagonistas de esta parte de la historia son sus hermanos mayores, que crecieron juntos, crecieron bien, armonizados sus caracteres por su dedicación a menesteres diversos. “Hasta que un día el futuro entendió que ya era hora de manifestarse”, según escribe Saramago en *Caín*, su más reciente novela:

“Abel tenía su ganado, caín su campo, y como mandaban la tradición y la obligación religiosa, ofrecieron al señor la primicia de su trabajo, quemando Abel la delicada carne de un cordero y caín los productos de la tierra, unas cuantas espigas y simientes. Sucedió entonces algo hasta hoy inexplicado. El humo de la carne ofrecida por Abel subió recto hasta desaparecer en el espacio infinito, señal de que el señor aceptaba el sacrificio y de que en él se complacía; pero el humo de los vegetales de caín, cultivados con un amor por lo menos igual, no fue lejos, se dispersó allí mismo, a poca altura del suelo, lo que significaba que el señor lo rechazaba sin ninguna contemplación. Inquieto, perplejo, caín le propuso a Abel que cambiasen de lugar, pudiera ser que circulara por allí una corriente de aire que causara el contratiempo, y así lo hicieron, pero el resultado fue el mismo. Estaba claro, el señor desdeñaba a caín. Fue entonces cuando se puso de manifiesto el verdadero carácter de Abel. En lugar de compadecerse de la tristeza de su hermano, y consolarlo, se burló de él, y como si eso fuera poco, se puso a enaltecer su propia persona, proclamándose ante el atónito y desconcertado caín, un favorito del señor, un elegido de dios. El infeliz caín no tuvo más remedio que engullir la afrenta y volver al trabajo.

“La escena se repitió, invariable, durante una semana: siempre un humo que subía, siempre un humo que podía tocarse con la mano y luego se deshacía en el aire. Y siempre la falta de piedad de Abel, la jactancia de Abel, el desprecio de Abel. Un día caín le pidió a su hermano que lo acompañara a un valle cercano, donde corría la voz que se escondía una zorra y allí, con sus propias manos, lo mató a golpes con una quijada de burro que había escondido antes en un matorral, o sea con alevosa premeditación- Fue en ese momento exacto, es decir retrasada en relación con los acontecimientos, cuando la voz del señor sonó, y no sólo la voz sino que apareció en persona. Tanto tiempo sin dar noticias y ahora aquí está, vestido como cuando expulsó del jardín del Edén a los infelices padres de estos dos. Tiene en la cabeza una corona triple, en la mano derecha empuña el cetro, un balandrán de rico tejido lo cubre desde la cabeza a los pies. Qué has hecho con tu hermano, preguntó, y caín respondió con otra pregunta. Soy yo acaso el guardaespaldas de mi hermano. Lo has matado. Así es, pero el primer culpable eres tu,

yo habría dado mi vida por su vida si tu no hubieses destruido la mía . Quise ponerte a prueba. Y quién eres para poner a prueba a quienes tu mismo has creado. Soy el dueño soberano de todas las cosas. Y de todos los seres, dirán, pero no de mi persona ni de mi libertad. Libertad para matar. Como tu fuiste libre para dejar que matara a abel cuando estaba en tus manos evitarlo, hubiera bastado que durante un momento abandonaras la soberbia de la infalibilidad que compartes con todos los demás dioses, hubiera bastado que por un momento fueses de verdad misericordioso, que aceptases mi ofrenda con humildad, simplemente porque no deberías rechazarla...” :

“